
La convivencia entre Don Quijote y Sancho

Hablaré una vez más —¿cuántos lo hicieron, cuántos seguirán haciéndolo?— de nuestro Don Quijote y nuestro Sancho. Trataré de que uno y otro me acompañen y me confíen algunos de sus secretos.

Don Quijote y Sancho. Dos personajes, dos personas: un hidalgo manchego, del que nunca sabremos si se llamaba Alonso Quijano, o Quijana, o Quijada, o Quesada, y un labrantín, manchego también, Sancho de nombre y Panza de apellido, hombre de bien, si es que este título se puede dar al que es pobre, dirá su creador, y de más sal en la mollera de lo que haría pensar su primera fama.

Sabemos que el hidalgo y el labrantín, vecinos de un mismo lugar de La Mancha, se conocían entre sí, aunque su conocimiento no pasara de ser el muy exiguo que la relación de vecindad exige y entonces permitía la diferencia de clases. Sabemos también que ese trato se hizo mucho más asiduo y coloquial cuando el hidalgo, que ya había decidido llamarse Don Quijote de La Mancha, se resolvió a emprender su segunda salida del caballero andante y a tomar a Sancho como escudero. No poco hubieron de hablar entre sí para que esto sucediese. «Tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió...», nos dice el autor de su historia. Pero lo que ahora importa no es eso, sino lo que aconteció entre ellos desde la noche en que, juntos, uno sobre su jamelgo, el otro sobre su jumento, se echaron al campo de Montiel. «Sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni Don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona les viese; en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no les hallarían aunque les buscaran.»

Vedlos a la luz del recién salido sol manchego. Sancho asentado sobre su rucio como un patriarca, con sus alforjas y su bota. Don Quijote erguido sobre los óseos lomos de Rocinante y harto más animoso y esperanzado que melancólico, porque su melancolía, que al final había de derramársele por las telas del corazón, la tenía entonces acantonada en el cerebro. Vedlos y oídllos. Sancho es el primero en hablar, según la letra de la historia: «Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo de la ínsula que me tiene prometido; que yo la sabré gobernar por grande que sea.» A lo cual responde Don Quijote: «Has de saber, amigo Sancho Panza, que fue costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores a sus escuderos en las ínsulas o reinos que ganaban...» Y así sigue un diálogo que sólo terminará con la tranquila muerte de Alonso Quijano el Bueno.

Don Quijote y Sancho se han reunido y conversan. ¿De qué y para qué? ¿Cuál es el fin y cuál el sentido de su convivencia y sus diálogos interminables? Veámosles, oigámosles.

¿Para qué se reúnen entre sí dos hombres? Dejando aparte la relación sexual y la

familiar, dos hombres se reúnen entre sí, fundamentalmente, para abrazarse, para matarse o —simple y esencial forma de la convivencia— para estar juntos, con idea de hacer algo en común. Cuando la reunión se halla presidida por la mala voluntad, los hombres se encuentran entre sí para matarse, aunque la intención de matar no tenga otra expresión que la muy tenue y nada letal de la mirada. Magistralmente describió Sartre este modo de mirar. Cuando, por el contrario, es la buena voluntad la que ha dado lugar al encuentro, los hombres se reúnen entre sí para abrazarse en cuerpo y alma, como los amigos y los amantes que no se han visto hace tiempo, o, más sencilla y esencialmente, para estar juntos, para existir uno junto a otro poniendo en ejercicio alternante o simultáneo la compañía, la cooperación, la ayuda, el diálogo y el silencio.

Don Quijote y Sancho no se juntaron para matarse, ni con esa intención se miraron nunca. Tampoco parece que se abrazasen muchas veces. A Sancho le abrazan, cuando deja el gobierno de la ínsula y vuelve al redil quijotesco, el morisco Ricote, el Duque y la Duquesa; no Don Quijote, a pesar de su mutua y ya firme amistad. Don Quijote y Sancho conviven entre sí estando juntos en compañía, cooperación y mutua ayuda, en diálogo y en silencio. Y aquí, precisamente aquí está nuestro problema. ¿Cómo dos hombres se acompañan, y cooperan entre sí, y se ayudan, y mutuamente se oyen sus palabras y sus silencios, cuando es buena y no mala la voluntad que les ha reunido? ¿Cuáles son las intenciones que cardinalmente determinan su trato y cuáles los modos principales que su trato reviste? A mi entender, tres: la camaradería, la mutua ayuda —que en ocasiones llegará a ser genuina proximidad— y la amistad. Veamos, pues, cómo Don Quijote y Sancho son entre sí camaradas, ayudadores —o prójimos— y amigos.

La camaradería

¿Qué es la camaradería? Esencialmente, una relación cooperativa: la adecuada cooperación entre dos o más hombres para la conquista de un bien objetivo que interesa a todos ellos: el poder político, una victoria militar, un saber científico o la explotación de una mina. Es seguro que la camaradería ha existido sobre el planeta desde que hay hombres. Pero sólo comparece literariamente ante nosotros en los versos de la *Ilíada*, cuando Diomedes, que ha de realizar una descubierta en territorio enemigo, decide recabar la cooperación de Ulises: «Cuando van dos juntos —dice Diomedes—, uno se anticipa al otro en advertir lo que conviene; cuando se está solo, aunque se piense, la inteligencia es más tarde y la resolución más difícil.» Con frase que en la Grecia antigua debía de ser proverbial, Aristóteles dará expresión lapidaria a esta noble forma de la relación interhumana: «Dos marchando juntos.» Siglos más tarde, Hegel y Marx harán de la camaradería el nervio mismo de la convivencia histórica y social.

Juntos marchan Don Quijote y Sancho. ¿Para qué? ¿Tratan de conquistar algún bien objetivo? Y si es así, ¿cómo son camaradas Don Quijote y Sancho, cómo se anticipa el uno al otro en advertir lo que conviene, aunque su común acción tantas veces no logre sino el varapalo y la pedrada?

El bien objetivo que persigue Don Quijote se halla compuesto por tres ingredientes: deshacer entuertos, conseguir fama y ofrecer ésta a la soñada persona de Dulcinea.

En definitiva, la justicia en el mundo, la gloria y la donación oblativa de lo alcanzado a la persona amada, en aras de su honor y complacencia. Sancho, a su vez, aspira a conseguir el gobierno de la ínsula, y en su defecto pollinas y doblones. En apariencia, bienes objetivos muy distintos son los que busca el caballero y los que el escudero ansía. Pero sólo en apariencia, porque en realidad vienen a ser el anverso y el reverso de un mismo logro. En la meta de las conquistas terrenales se aúnan la gloria y el botín. En la que a ellos les encandila y mueve, Don Quijote sólo quiere la gloria —y, por supuesto, la justicia—, y sólo el botín desea Sancho.

Así lo manifiesta el reiterado, casi constante empleo del «nosotros» en su conversación, sobre todo por parte de Sancho, que con ese pronombre dual se siente emparejado con su señor y ennoblecido. «Jamás *hemos* vencido batalla alguna, si no fue la del Vizcaíno» (I, 18); «Volvamos a la aldea, y allí *daremos* orden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama» (I, 52). Llega un momento en que Sancho no pide ínsulas, y se ve a sí mismo —ya parcialmente qui jotizado— como coejecutor de la justicia: «Si mi señor tomase mi consejo —le dice—, ya *habíamos* de estar en esas campañas, deshaciendo agravios y enderezando entuertos» (II, 71). Poco más tarde, Don Quijote le incorpora a lo que en su acción es más personal y propio, sus hazañas de caballero andante: «No ha de haber bodegón, venta ni mesón, o tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de *nuestras* hazañas» (II, 71). «¿Qué hemos de hacer *nosotros?*», pregunta Sancho en otra ocasión. «¿Qué? —le responde el caballero—. Favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos» (I, 18). No es difícil advertir que el sujeto dual de esos verbos —hemos, daremos, habíamos— y de este pronombre —nuestras— es el «nosotros— de la camaradería: tú y yo como coejecutores de las mismas hazañas y como titulares y beneficiarios de la gloria que de ellas resulte. Un «nosotros» de cooperación y coposesión.

Con él se inicia el proceso de la qui jotización de Sancho, tan certera y luminosamente advertida por Unamuno, Castro, Papini, Madariaga, Dámaso Alonso, Luis Rosales y Miguel Torga. La qui jotización no ha llegado todavía al seno de la intimidad, a la auténtica realidad de la persona. Sólo se expresará cumplidamente cuando, ya en el lecho de muerte su señor, le anime a ser de nuevo Don Quijote: «Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como teníamos concertado...» (II, 74). Por el momento, sólo en el plano de la camaradería viven ambos lo que en uno es esencial qui jotidad y en el otro incipiente qui jotización.

En cualquier caso, un examen atento de los textos que muestran la camaradería sanchoquijotesca hace también patente la labilidad del «nosotros» que engendra y en que se expresa. Un desdoblamiento irónico, grave o interesado de la vinculación entre uno y otro, un regresión ocasional y fuga del «tú y yo» cooperativo a un «tú más yo» meramente aditivo, o a pique, incluso, de hacerse insolidario, surge así ante el lector. Véase en esta serie de textos, de Don Quijote unos y de Sancho los otros. De Don Quijote: «En esto de ayudarme contra caballeros has de tener a raya tus naturales ímpetus» (I, 8); «Ten más cuenta con tu persona y con lo que debes a la mía» (I, 20); «Eso que a ti te parece bacía de barbero, me parece a mí yelmo de Mambrino» (I, 25); «Para que veas cuán necio eres tú y cuán discreto soy yo...» (I, 25); «Ahora te digo Sancho, que eres un mentecato, y perdóname, y basta» (I, 37); «¿Quién te mete a ti en mis cosas, y

en averiguar si soy discreto o majadero?» (II, 58); «Yo velo cuando tu duermes, y lloro cuando tu cantas» (II, 68). De Sancho: «Como yo tuviese bien de comer, tan bien, y mejor, me lo comería en pie y a mis solas, como sentado a par de un emperador» (I, 11). Y del uno y el otro, alternadamente, cuando dialogan acerca de manteamientos y dolores (II, 2 y 3). Salta a la vista el carácter puramente quijotesco de la retracción de Don Quijote a su yo, y la índole puramente sanchopancina de la de Sancho al suyo.

Son varios los autores que han visto en la percepción irónica de la constitutiva inestabilidad de lo real —el constante hacerse— deshacerse de la realidad (A. Castro), la apelación al recurso literario del equívoco (A. del Río) y de la indeterminación (L. Rosales), la ondulación de Sancho entre la picaresca y la realidad (D. Alonso), el perspectivismo idiomático (L. Spitzer), —una de las manifestaciones de la genialidad de Cervantes como fundador de la novela moderna. En ella veo yo la clave de la labilidad del «nosotros» que como camaradas forman Don Quijote y Sancho y de la frecuente visión irónica de ella en el relato de su creador. Genial escritor, genialmente sabe expresar Cervantes, con gravedad unas veces, con ironía otras, la radical libertad de sus criaturas de ficción.

La ayuda y la projimidad

En sí y por sí misma, la relación de camaradería no lleva consigo otra ayuda al camarada que la que ha menester el buen éxito de la empresa común. Pero hay otro modo de la ayuda, la que se presta al menester de un hombre, bien por ser persona a la que se conoce y estima (la ayuda de la benevolencia), bien por el simple hecho de ser hombre menesteroso (la ayuda de la projimidad, la que con el herido practica el Samaritano del Evangelio). Pues porque entre sí son amigos y porque entre sí quieren ser prójimos se ayudan mutuamente Don Quijote y Sancho.

Apurando el análisis, se hace necesario distinguir en la relación de ayuda tres modos cardinales: el consejo, la enseñanza y el auxilio. En el *consejo*, el aconsejante ilumina al aconsejado respecto de las posibilidades de su existencia, dejándole en libertad para moverse o no moverse hacia ellas. El consejo ayuda concediendo *luz*. En la *enseñanza*, el enseñante ofrece al enseñado la adquisición de un hábito valioso, que puede ser mental (saber matemáticas), esfético (saber oír una sonata), moral (saber sufrir) o corporal (jugar al tenis). La enseñanza ayuda otorgando *formación*. El *auxilio*, en fin, brinda el alivio o la supresión de una deficiencia penosa, pobreza, peligro, hambre o enfermedad. La ayuda en este caso es *remedio*.

Pues bien, consejo, enseñanza y auxilio es la ayuda que mutuamente se prestan Don Quijote y Sancho.

I. El consejo es motivo constante en la convivencia sanchoquijotesca. Don Quijote aconseja a Sancho; archifamosos son los consejos que le da para el buen gobierno de la ínsula (II, 42 y 43). Sancho, a su vez, aconseja a su señor, y en ocasiones pasándose de la raya: «Porque no digas que soy contumaz y que jamás hago lo que me aconsejas —le dice Don Quijote—, por esta vez quiero tomar tu consejo» (I, 23); «No gastes más tiempo en aconsejarme» (I, 25); «Soy contento de hacer lo que dices, Sancho her-

mano» (, 249); «Volvamos a la aldea», propone el escudero. «Bien dices, Sancho», le responde el caballero (I, 52). Y consejos son asimismo los que le da cuando planean su salida por el camino de El Toboso (II, 2 y 7).

Sobre la diferencia entre el modo de aconsejar uno y otro, algo habrá que decir.

II. Que en el ejercicio de la enseñanza sea Don Quijote quien lleve la palma, a nadie puede extrañar: él es quien sabe quién es, no el tosco e iletrado Sancho, él ha leído libros, él es capaz de dar cumplida razón de sus aventuras. El magisterio de Don Quijote es enseñanza de bien hablar, de bien obrar, de vario y ameno saber. Sancho aprende de su señor a no confundir «gata» con «rata», no en el sentido zoológico de este segundo término, que respecto de él es bien seguro que el escudero podía aleccionar a su señor, sino en el que posee en las expresiones «rata parte» y «rata proporción»; y también a no decir «cananea» por «hacanea», «regoldar» por «erutar» y «fócil» por «dócil». Con el bien hablar, el bien obrar, Don Quijote mete en la inculta, pero bien dispuesta mollera de su escudero reglas para conducirse con dignidad moral. «¿Qué hemos de hacer nosotros?», le pregunta Sancho. «¿Qué? Favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos» (I, 18); «Mal cristiano eres, Sancho, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho» (I, 21); «Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo, pero el de la envidia no trae sino disgustos, rencores y rabias» (II, 8); «Hemos de matar en los gigantes a la soberbia; a la envidia, en la generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y el sueño, en el poco comer y el mucho velar; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por todas las partes del mundo buscando ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros» (II, 8); así en tantos casos más. Ilustra Don Quijote a Sancho, en fin, elevando su inteligencia a los saberes y decires de las personas cultas: «No fue tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero...» (II, 3). Y no sólo a Sancho solo, pero también a él habla Don Quijote en su famoso discurso de las armas y las letras y en el no menos famoso parlamento sobre la Edad Dorada. Más aún: hasta saberes ocultos trata de enseñarle: «De mayores secretos (que el del bálsamo de Fierabrás) pienso enseñarte» (I, 10); «Día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio» (I, 18).

Pero no es sólo Don Quijote el que enseña; también Sancho lo hace. «Tan de valientes corazones es, señor mío, tener sufrimientos en las desgracias como alegría en las prosperidades»; y con su respuesta reconoce Don Quijote su ocasional situación de aprendiz: «Muy filósofo estás, Sancho, muy a lo discreto hablas; no se quién te lo enseña» (II, 66). Algo análogo sucede cuando el Caballero de la Blanca Luna deja al hidalgo «marrido, triste y mal acondicionado» (II, 65).

El consejo, dije antes, da lugar a un «nosotros» de cooperación y coposesión. Más eficaz que él, la enseñanza crea entre el enseñante y el enseñado un «nosotros» de asimilación. Por esta vía, aun que no sólo por ella, va produciéndose la paulatina quijotización de Sancho.

III. ¿Podía faltar el mutuo auxilio entre Don Quijote y Sancho, siendo tan vivo y cordial el afecto que les unía y tan menesterosa la situación en que con tanta frecuencia se encontraron?